¡Qué mala suerte! Amanecí con peste cristal y me voy a perder el cumpleaños de mi mejor amiga.

Estoy realmente triste y de mal humor. Cuando mi mamá entró para traerme un jugo de naranja, que me encanta, apenas hablé y le dije:

—¡Hola mamá! Por favor, deja el jugo ahí.

Mi mamá se sentó en la cama y me tocó la frente para ver si tenía fiebre. Casi me puse a llorar cuando me dijo:

—Matías, es normal que tengas mucha pena y lo entiendo, pero no hay nada que yo pueda hacer para que vayas al cumpleaños de Antonia. Está bien que te enojes. Aunque tu enfermedad es molesta, no es grave.

Y luego agregó:

—Tratemos de imaginar qué podemos hacer para que el tiempo transcurra lo más rápido posible y lo pases lo mejor que puedas mientras estás en cama.

Tener pena es normal

A pesar de que le encontré razón a mi mamá, seguí enojado por mi mala suerte.

Pero ahora me doy cuenta de lo exagerado que fui, porque cuando mi mamá me preguntó si necesitaba algo, yo le contesté de mal modo:

—¡Quiero quedarme solo!

Mi mamá, bien comprensiva, me dijo:

—Está bien, lo entiendo —y agregó—, si me necesitas, llámame y vengo a acompañarte.

Como estaba muy negativo, no le pedí que se quedara. Me quedé rumiando a solas mi pena y mi rabia.

Mi mamá se puso a trabajar en el computador con la puerta entreabierta. Seguramente la dejó así para oír si la llamaba. No me sentía bien solo y me hubiera gustado conversar con ella, pero me daba vergüenza echar pie atrás, así es que me quedé a solas con mi pena.

La verdad es que, además de tener peste cristal, tengo otra enfermedad más grave: ¡soy enfermo de orgulloso!

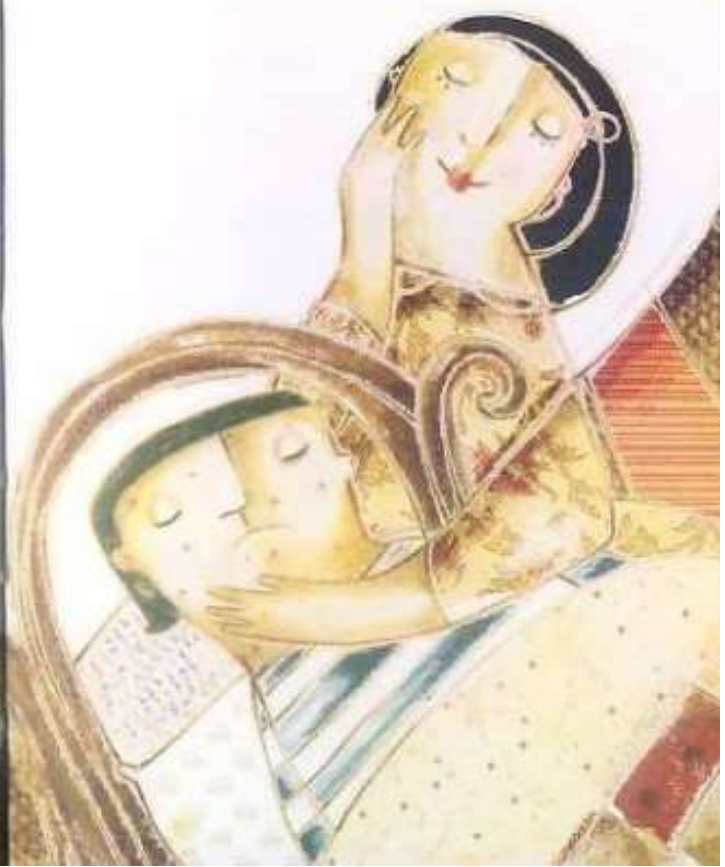
Un regalo especial

Me había preparado mucho para ir al cumpleaños de Antonia, porque es mi mejor amiga. Y, además, sus cumpleaños son súper entretenidos. Con mis ahorros, le había comprado un juego que sabía que quería tener. Ella es súper buena y le encanta jugar en mi casa. Me moría por ver la cara de Antonia cuando abriera mi regalo, pero resulta que, por esto de la enfermedad, ahora tenía que mandárselo con mi hermano.

Después de un rato, me calmé un poco y llamé a mi mamá, que por suerte vino de inmediato. No hay nadie que esté más dispuesta a ayudar que mi mamá.

—¿Te sientes mejor, Matías? —me preguntó.

—Un poco mejor, mamá —le contesté—. ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué a mí? Estaba tan ilusionado con ir y mira lo que me pasó: estoy en cama mientras los otros se divierten. No es fácil de aceptar.



—Sin duda, cuesta aceptar que las cosas no resulten como las habías planeado —dijo mi mamá.

En ese momento llegó mi papá, quien me dijo:

—Pero dentro de todo, aunque te cueste verlo, tienes suerte de contar con una familia que te quiere. Y tienes suerte de tener una enfermedad que es curable.

No me quedó más remedio que encontrarles la razón.

Qué difícil es aceptar las dificultades

Me pasé de pesado con mi hermano Tomás, quien trató de acompañarme y jugar conmigo. Como él ya había tenido la peste cristal, no se podía contagiar.

Me propuso dos o tres juegos, pero yo no acepté ninguna de sus ideas. Finalmente, Tomás, enojado, me dijo:

—Sabes, mejor me voy. Es cierto que estás enfermo, pero eso no te da derecho a tratarme mal, así que chao.

Me sirvió el enojo de Tomás porque después, cuando llegó mi abuelita a verme, me porté muy amoroso con ella. No solo porque quiero mucho a mi "Ita", sino porque le encontré razón a mi hermano.

La abuela me trajo unos rompecabezas y unos libros, y yo le agradecí diciendo:

—Ita, me encantan tus regalos.

Mi Ita me dijo:

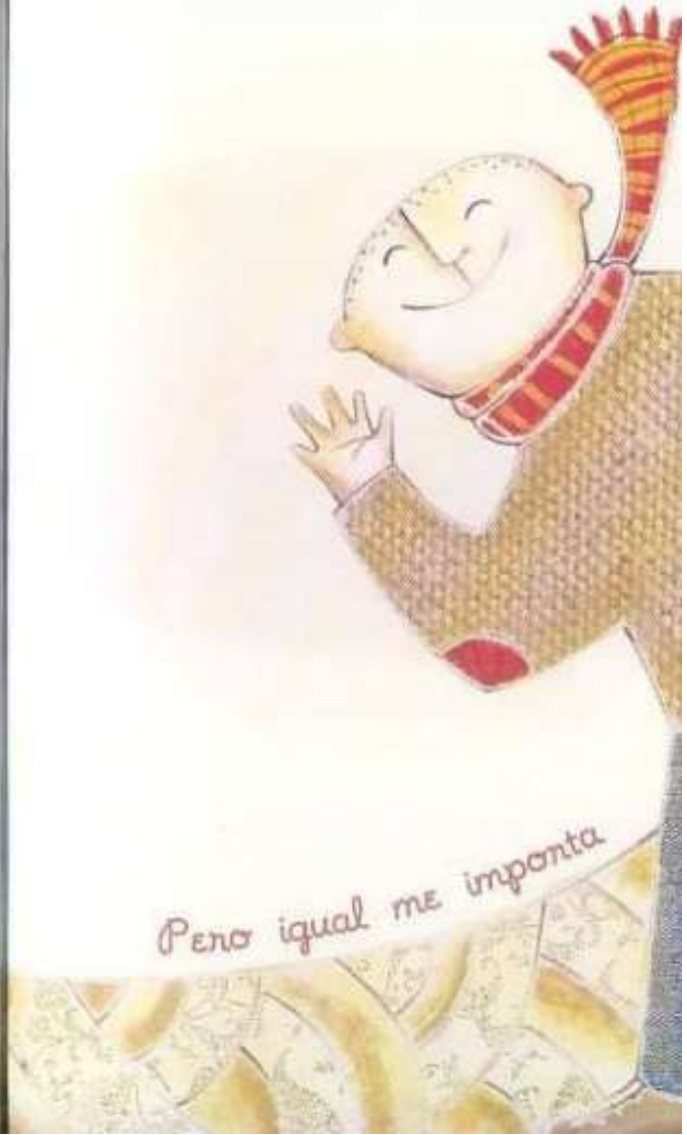
—¡Qué maravilloso, Matías, que seas tan agradecido, y de tan buena conducta a pesar de tu enfermedad!

No respondí para que no se desilusionara de mí.

La visita de mi abuela

Sé que lo que me pasa no es nada grave, que me voy a recuperar y que no debería importarme tanto como me importa, pero igual me afecta y mucho.

Me puse a pensar en el hermano de un compañero que está en un tratamiento para el cáncer. Eso hace que se le caiga el pelo; sin embargo, siempre se las arregla para andar de buenas. Me dio un poco de vergüenza.



También es cierto que ponerse mal genio y ser pesado con todos los que me vienen a ver no me beneficia. Además, aleja a quienes vienen a acompañarme y me ayudan a superar mi mal carácter.

Sé que si sigo tan pesado me voy a quedar más solo que un náufrago y que, cuando uno se siente mal, lo mejor es estar acompañado.

El mal genio no ayuda

Mi mamá, que es súper comprensiva, siempre me dice:

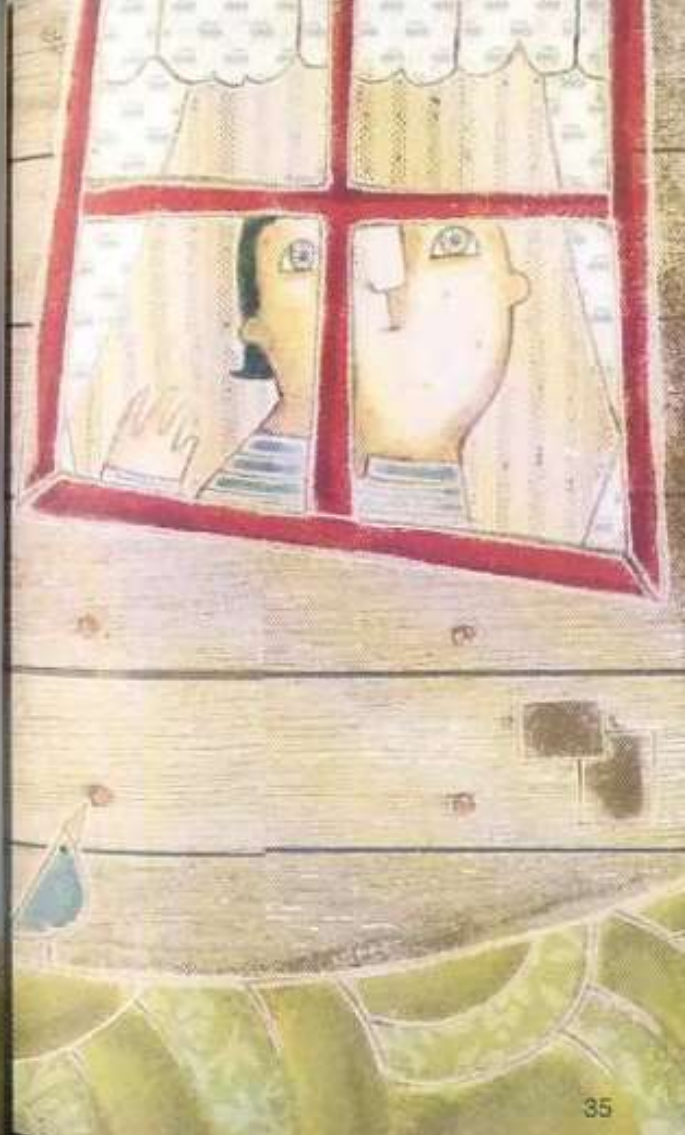
—Es normal que sientas pena. No es bueno negarlo. Contarlo y conversarlo conmigo te hace bien, porque te ayuda a sacar las penitas del alma. Al hablarlo seguro que te sentirás mejor, verás tu problema de otra manera y podrás pensar qué hacer para sentirte bien.

—Mientras más te cuides —continuó diciendo mi mamá—, menos riesgo corres de que la enfermedad se te complique y más pronto te sentirás mejor. Una manera de cuidarse es buscar las cosas que te permitan sentirte bien, porque cuando uno anda con ánimo se defiende mejor de la enfermedad, puesto que aumentan las defensas del cuerpo. Ahora piensa: ¿qué cosas te ayudan a ponerte bien?

Yo le respondí que me pone bien estar con mis amigos. No puedo hacer eso ahora, salvo que ellos me vengan a ver; pero como la enfermedad es contagiosa, vienen poco y solo los que ya tuvieron la peste cristal. Sin embargo, me doy cuenta de lo bien que me hace. Cuando me mejore, voy a sacarles el jugo a mis amigos. Además, me gusta leer libros y cómics. Voy a pedirle a mi papá que me traiga uno.

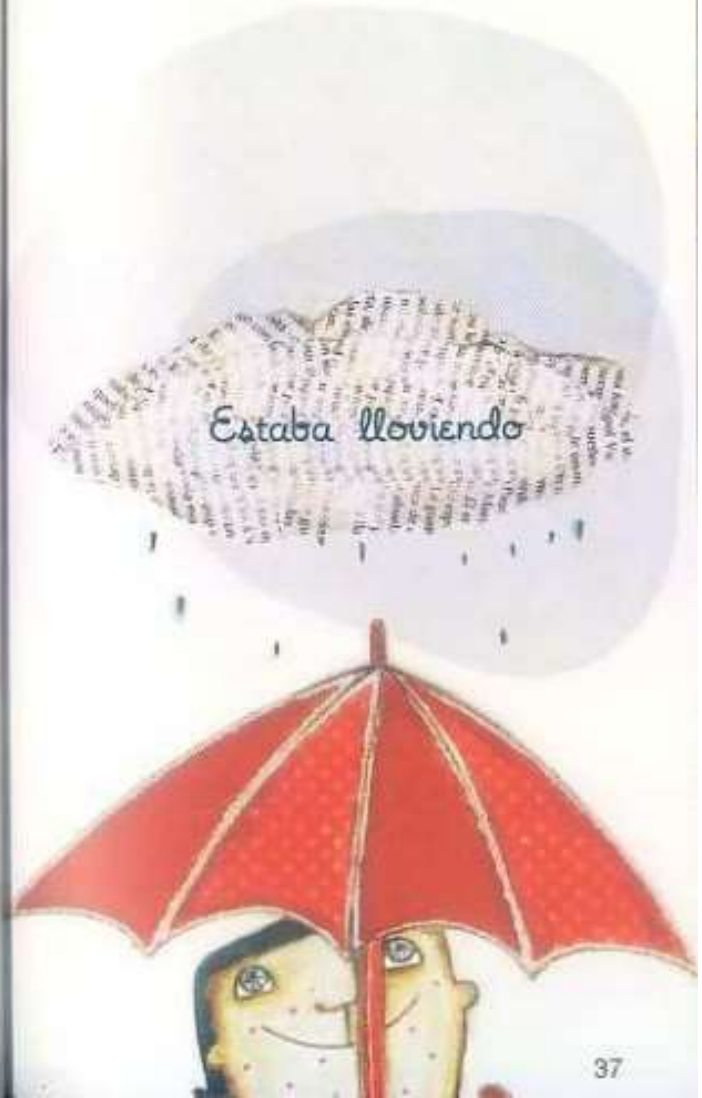
Mientras pensaba en lo que me pone bien, me puse a mirar por la ventana. Se me empezaron a ocurrir tantas cosas que decidí que quería escribir sobre lo que me pasaba, porque escribir una especie de diario también hace sentirse bien. Es bueno contar lo que a uno le sucede. Hablar con un amigo o escribir sirve para ver y entender mejor las cosas.

Mirando por la ventana



Era un día de lluvia y mientras miraba por la ventana vi pasar a unos niños corriendo. Andaban felices debajo de su paraguas. Mi mamá, que venía entrando con una leche con frutilla y tostadas con mermelada, miró a los niños por la ventana y dijo:

—Eso es lo que se llama: ¡al mal tiempo, buena cara!



Yo repetí en voz alta:

—¡Al mal tiempo, buena cara!

Y pensé que ese refrán me viene como anillo al dedo.

No saco nada con quejarme, igual voy a tener que estar unos días en la casa. Puedo decidir estar enojado todo el día, quejándome, o aprovechar este tiempo, por ejemplo, leyendo el libro que me regalaron o dibujando un poco. Voy a hacerme un cartel con la famosa frase para recordar mi propósito de enfrentar mejor la enfermedad.

Buen refrán

Cuando mi hermano llegó del cumpleaños, me tenía una sorpresa: Antonia me había mandado torta y unos sándwiches exquisitos, con un recado que decía: "¡Te pasaste con el regalo!".

Me puse muy contento al saber que Antonia había pensado en mí y que le había gustado mi regalo. Mi hermano me contó a lo que habían jugado y todo lo que habían hecho. ¿Creerán que no me dio ni un poco de envidia?

Tiempo después, cuando Antonia me vino a visitar, le pregunté:

—¿Qué haces tú cuando las cosas te salen mal?

—¡Qué pregunta tan rara! —dijo—. Pareces profesor...

—¿Cómo que rara? Estoy tratando de aprender a no echarme a morir cuando las cosas no me resultan bien.

Entonces, Antonia reconoció:

—En realidad, es una buena pregunta —me dijo—, porque es fácil sentirse bien cuando las cosas andan bien, pero otra historia muy distinta es estar bien cuando las cosas van mal.

Después de pensarlo un poco, Antonia me explicó:

La verdad-verdad

—La verdad-verdad es que al principio me enojo mucho porque tengo mal genio. Pero después trato de calmarme lo más posible para no hacer algo de lo que luego me pueda arrepentir. Al principio trato de quedarme sola hasta que se me quite la rabia y después busco a alguien que me escuche, a alguien que acepte que me queje un poco. Después de un rato de alegar se me pasa el malestar y recién ahí veo qué puedo hacer para salir del problema.

¡Qué suerte es tener buenos amigos!

Ha pasado una semana y ya estoy casi bien, no contagio, puedo invitar a mis amigos y me siento con ganas de hacer cosas. He recibido algunos regalos, algunas visitas y mucho, pero mucho amor. También he recibido dos tarjetas con buenos deseos.

Saber que tanta gente me quiere me hace sentir bien. Y creo que lo mejor es que aprendí que lo más valioso para enfrentar los problemas es saber que: ¡al mal tiempo, buena cara!

Los días van pasando